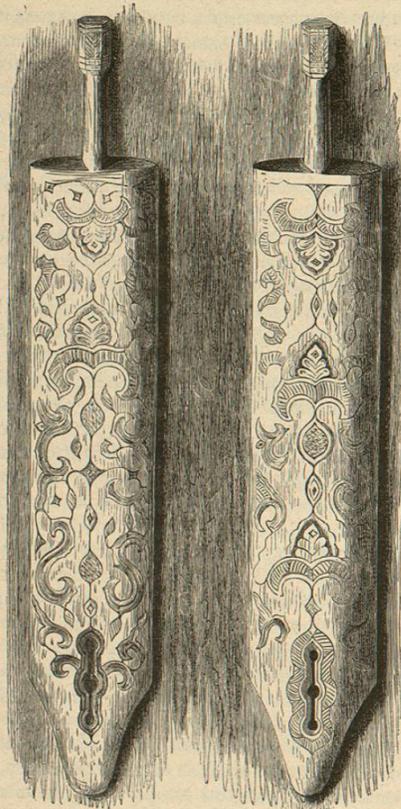


táculo insuperable hasta para los barcos japoneses. Pero hoy que se cuenta con más medios de transporte, mayor número de correos y más acémilas, la actividad comercial tiene muy diferente carácter. Otro motivo de sorpresa para los europeos fué ver que los caballos llevaban zapatos de paja, semejantes á los que usan las últimas clases del pueblo, invención que no parece práctica, pues los dichos zapatos ponen más delicados los pies de los caballos y se echan á perder muy pronto, de suerte que son frecuentes las paradas forzosas para ponerles otros. Aunque á los héroes japoneses se les pinte á caballo, los japoneses no son buenos jinetes.

Hace pocos años inventaron un coche bajo, de dos ruedas, de los cuales hay 23.000 en Tokio; cada año llegan



Palos para tejer (*hera*) de los ainos (Según Siebold)

millares de jóvenes del campo á las ciudades para servir, por decirlo así, de bestias de tiro, y los más robustos no pueden resistir semejante oficio más de cinco años. El gobierno estableció un impuesto sobre estos coches, que se llaman *Kuruma*, calculado sobre la carga y la distancia. El europeo se sirve también de este medio de transporte, pues no tiene otro á su disposición.

Las clases en que la ley repartió la población japonesa eran las siguientes: daimios, nobleza hereditaria, sacerdotes, guerreros, ciudadanos de primera y segunda clase, pequeños comerciantes, industriales, aldeanos y jornaleros. Las cuatro primeras clases se consideraban como los sostenes del Estado; tenían el derecho de llevar dos espadas y pantalones muy anchos. Los daimios, análogos á los príncipes feudatarios de Alemania en la Edad media, eran casi independientes. Entre la nobleza hereditaria elegíanse los altos empleados

del Estado y de la corte. Hablaremos más adelante de los sacerdotes y guerreros. La clase media de primera categoría comprendía á los médicos y empleados, la de segunda á los comerciantes ricos. En las clases inferiores figuraban los tenderos, artistas y obreros: en la última marinos, pescadores, campesinos y jornaleros.

La constitución de Japon y Corea es una imitación de la china; en Corea sería una copia servil de ella si no exagerase más la esclavitud (que fué recientemente abolida) y la situación humillante de la mujer.

En el templo-palacio de Kioto habitaba el Mikado sin salir jamás de él y, antes que penetrase la influencia del Occidente, era un tipo del gobierno espiritual. La capital Tokio estaba bajo el protectorado del Siogún, y había llegado á ser la más poblada é importante del imperio, pues en ella tenían también sus despallarradoras cortes los príncipes feudatarios. Cuando los samurais se retiraron en masa á las provincias, y el Mikado trasladó su residencia á la más floreciente ciudad del imperio, quedó una población que pasaba de un millón de almas.

CAPITULO VII

FAMILIA, SOCIEDAD Y ESTADO, ESPECIALMENTE EN CHINA

«La forma de gobierno en China puede calificarse de despotismo patriarcal. El emperador es el padre del pueblo y tiene sobre él derecho de vida y muerte, á pesar de lo cual existe entre el pueblo y el soberano la reciprocidad de deberes.»

R. K. DOUGLAS.

Matrimonio. — Poligamia. — Situación de la mujer. — Nacimiento y educación. Intimidación de la vida de familia. — Amor á los padres. — Infanticidio. — Exceso de población. — Comercio de los kulis y emigración. — Repartición de las propiedades. — Mendigos. — Esclavos. — Motines socialistas. — Carácter general de las condiciones políticas. — Estancamiento y atraso. — Grandeza de la población y del imperio. — El emperador. — Magistraturas superiores. — Virreyes. — Empleados. — Corrupción. — Censores. — Hombres de Estado chinos. — Administración de justicia. — Administración autónoma. — Tribus y sociedades.

Lo que más estiman los asiáticos orientales en la familia es la continuación de sus relaciones de una á otra generación, esto es, la estabilidad. Por ello se respeta mucho el matrimonio, á la par que se teme por las obligaciones que trae consigo. Se tiene por mítica la tradición de que el emperador Fuhhe introdujera el matrimonio 28 siglos antes nuestra era, y mítica también la interpretación del jeroglífico del matrimonio, que dicen tiene referencia con la bárbara costumbre de robar la novia. Lo principal en las ceremonias del matrimonio es lo siguiente. Los jóvenes y las doncellas no se han visto por lo general antes del matrimonio, y aunque por una dichosa casualidad se hubiesen conocido, un tercero tan sólo recibe el consentimiento, y cuando lo ha logrado, el novio envía algunos regalos á su prometida. Entonces los padres de ambos se reúnen y hacen sacar el horóscopo del futuro enlace y, si es favorable, proceden á su celebración, siempre que algún acontecimiento de mal agüero, como la rotura de alguna vasija de porcelana ó la pérdida de algún objeto de cualquiera de las dos familias, no estorbe su realización. Si nada de esto ocurre, el padre del novio envía al de la novia regalos, entre los cuales, por ejemplo, el ganso y la oca simbolizan la fidelidad conyugal. Luego se cambian dos tarjetas envueltas en seda encarnada, en las cuales el novio ha anotado todos los detalles del enlace, y después envía los últimos regalos á

la novia; en seguida se recurre á la astrología, para fijar el día en que, con acompañamiento de música, llevan á la novia á la casa del novio; en el umbral hay encendida una hoguera por encima de la cual debe aquélla pasar al interior. Encuentra entonces al novio sentado en una silla y se echa á sus pies. Él la levanta, le quita el velo, la sienta á su lado, y después van ambos á ofrecer un sacrificio ante el altar de la familia. Celébrase en seguida un banquete, en el cual la novia no debe probar nada, y se pronuncia el juramento. Existe la creencia supersticiosa de que el contrayente que por primera vez se sienta encima de una prenda del otro, tendrá el mando en la casa. En algunos países los convidados no se retiran hasta que la novia ha explicado un enigma á cada uno de ellos. Finalmente ésta se presenta en el atrio de la casa por última vez sin su esposo, en señal de que desde aquel momento su residencia habitual serán las habitaciones interiores. En el Japon y en Corea existen todavía tales usos, pero en forma más sencilla. De todos modos la ceremonia carece enteramente de carácter religioso.

Los misioneros han hablado mucho acerca del libertinaje en Corea.

La poligamia no es costumbre originaria, sino permitida más tarde. En la China es un concubinato legal, y las concubinas son verdaderas esclavas, compradas ó vendidas como regalos; los hijos son propiedad de la mujer legítima. En el Japon, el Mikado tenía derecho á doce, el daimio y hatamoto á ocho, el samurai á dos mujeres además de la legítima: así lo permitía la santa ley de Iyeyaso.

La situación de la mujer, como todas las organizaciones sociales en esos países, es humillante, y está determinada en los libros y en la tradición: Budha y Confucio hablan de ello con suma claridad. Salvadas de la muerte en su infancia, pues el infanticidio acecha casi únicamente á las niñas, ocupan las mujeres una posición secundaria al lado de sus hermanos. Las soberanas que son nueve en el Japon, prueban que no siempre fué así, pero Confucio dice que los tres grandes deberes de la mujer son: obediencia al padre, obediencia al esposo, obediencia al hijo mayor. Entre los ainos la libertad parece haber sido mayor. La herencia se repartía por igual entre los hijos: la de las hijas consistía simplemente en el matrimonio, en el que debía representar el papel de un objeto que se entrega sin preguntarle si quiere ó no quiere ser entregado. Los moralistas han tratado de justificar la inferioridad de la mujer de cuya indocilidad habla Confucio con sospechosa afición, y la exhortan á obedecer ciegamente al marido, pues aunque el esposo la engañe, la mujer debe limitarse á aconsejarle con dulzura, pero nunca atreverse á censurarle.

Los legisladores permitieron al marido el concubinato y amenazaron á la mujer con el divorcio en caso de que faltase á la fidelidad, y también si se hacía culpable de desobediencia á los padres del marido, si no tenía hijos, y si era poco recatada, envidiosa, derrochadora, charlatana y ladrona. A la viuda no se le permite contraer segundas nupcias ó á lo menos se hace lo posible por impedirlo. No son raros los casos en que las viudas siguieron voluntariamente á la tumba al esposo fallecido, pero anteriormente sucedía más á menudo, y todavía subsisten monumentos que los amigos erigieron á esas mártires. Por otra parte hay solteras que temen el matrimonio y se retiran á monasterios budhistas: Gray refiere que en el año 1873 ocho jóvenes de Cantón, que eran prometidas, se ataron unas á otras y se arrojaron al río por no casarse. En el Japon se reconoció pronto la superioridad de la civilización cristiana, que coloca á la mujer en una posición más respetada. Ya no se

permitía á los daimios y kuges el matrimonio sino con licencia del gobierno, y en el año 1870 se estableció la ley disponiendo que ningún japonés pudiese casarse sin autorización del Estado y se concedió á la mujer el derecho de presentar demanda de divorcio.

Los hijos deben ser muy numerosos, pues á pesar de la mortalidad natural, del infanticidio y de la emigración, la población va siempre en aumento. De la China no se conocen números exactos. Las familias de campesinos japoneses suelen tener de dos á tres hijos. Las del pueblo bajo á veces venden sus hijas á las casas de prostitución, pero el haber morado en ellas no es una deshonra indeleble en la China ni en el Japon. La poesía japonesa habla con entusiasmo de jóvenes que se han vendido por algunos años á las dueñas de dichas casas, con el objeto de rescatar á sus padres ó de mantener á sus amantes; pero esta determinación no pueden tomarla sin el consentimiento de los padres.

El chino se ocupa de su futuro hijo antes que haya nacido. Varios usos se relacionan con el deseo de lograr prole. El más frecuente es tomar un zapato sagrado del templo de la diosa de los niños y colocarlo en la casa de la madre para adorarle con la imagen de la diosa misma; si el deseo se cumple, la madre feliz presenta un par de zapatos nuevos al mismo templo. En virtud del principio de que en el otro mundo corresponde por cada muchacha un árbol ó una flor, se considera la adopción como medio oportuno para tener hijos. Las mujeres en cinta tratan de adivinar el sexo de la criatura que esperan, añadiendo al número de sus propios años los de la hora, del día y del mes en el cual nacieron, ó bien van antes de despuntar el día al pozo, llevando el traje de su esposo, que vuelven tres veces de izquierda á derecha: si regresan sin ser vistas, se realizará su deseo de tener un varón. También se observa con mucho cuidado la hora del nacimiento, pues cada hora, cada día, cada mes tiene su significado profético que anuncia el porvenir más dichoso ó el más sombrío. Estas creencias supersticiosas justifican algunos infanticidios cuando de tales presagios resulta que un niño nacido en tal ó cual hora fatal, debe morir en un cadalso después de haber matado á sus propios padres ó de cometer algún otro crimen horroroso. Cada grito, cada movimiento del recién nacido, tiene su significación. No se lava hasta el tercer día y después se le envuelve en vestidos que han pertenecido á personas sumamente viejas, para lograr que el niño tenga larga vida. Este primer baño es una fiesta; los amigos y los parientes llevan cebollas y dinero, símbolos de la penetración y de la riqueza. El agua que se emplea está perfumada, y después de la ablución se ofrece un sacrificio á la diosa de los niños. La madre sale de su dormitorio á las cuatro semanas y tarda cien días en salir de la casa. En la primera ocasión da el nombre al niño y le corta el cabello; en la segunda, la madre agradecida le presenta ante del altar de la diosa de las matronas. En el día de su nacimiento se colocan delante del niño una cantidad de objetos que simbolizan sus futuras ocupaciones, y la alegría de los padres no tiene límites cuando lo primero que toca la criatura es papel y pincel ó una balanza de oro, pues esto quiere decir que será un sabio ó un comerciante. La educación de los niños tiene por base la dulzura. Un europeo llamó al Japon el paraíso de los niños, y dijo muy bien, pues los ancianos juegan con mucha complacencia con ellos, y cuando es necesario corregirlos, emplean las palabras más cariñosas; además está prohibido entregarse á arrebatos de cólera en su presencia. La educación de las niñas en las clases más elevadas, no se limita á labores de mujer; les enseñan tam-

bién á leer y escribir y un poco de aritmética; en el Japón también aprenden á tocar la guitarra de tres cuerdas y á veces un instrumento de 13 cuerdas. La base principal de la educación femenina es enseñar á las muchachas á ser obedientes, alegres y amables, lo que proporciona la dicha en el matrimonio, objeto final de la vida de la mujer.

La instrucción empieza á los seis años. El astrólogo indica el día favorable, que jamás debe ser el aniversario del día en que murió Confucio ó el inventor del arte de escribir. Cuando han ardido algunas velas y se ha quemado precioso papel de oro en el altar de Confucio, empieza el discípulo, á falta de alfabeto, á leer desde luego en un libro elemental, al cual sigue otro análogo; luego los cuatro libros (los Anales de Confucio, el Gran Estudio, el Medio de Oro, las Sentencias del Mencio) y los cinco clásicos (el Libro de las Metamorfosis, el libro de la Historia, los Anales de la Primavera y del Otoño, el Libro de los Cánticos y el Libro de las Costumbres). Después de estos, cuya sucesión es igual para toda la China, no hay más estudios por diferente que sea la aptitud de los discípulos; así es que esta base de lo que llamamos ilustración clásica, es siempre la misma desde hace muchos siglos. Los chinos están orgullosos de ello. Si el discípulo, luego de haber aprendido cuanto puede de memoria, sacando de aquellos escritos extractos y poesías, quiere entrar en la carrera de los empleos, sufre el primer examen, que, según antiguo uso, se celebra en día fijo en una de las capitales, y después él mismo examina á otros candidatos, cuyo número llega á 2.000. A los cinco días se publican los nombres de los que salieron aprobados, y sigue otro examen, que trata de los edictos de Kanghis con los comentarios de su hijo Yun-tching. Este segundo examen, cuando sale bien, honra con un título que corresponde á nuestro bachillerato. De 6.000 á 8.000 candidatos sostienen un tercer examen, cuyo tribunal lo constituyen empleados de rango elevado, que pasan á la capital provincial desde Pekín. Enciérrase á cada examinando á una suerte de calabozo, dándole alimentos para dos días, libros y recado de escribir. Al estampido de los cañonazos salen de su encierro y se alejan al tercer día conforme van terminando sus ejercicios. Este examen honra al que resulta aprobado con un segundo título, un traje nuevo y un par de zapatos. En la primavera del siguiente año se reúnen en Pekín unos 6.000 *kijines* (así se llaman) entre los cuales, en un examen presidido por un ministro, se escogen 350 *tsintses*, y los que más sobresalen reciben títulos y favores especiales.

El Japón seguía antes este sistema, pero luego ha imitado el de Occidente, y el distrito universitario de Tokio cuenta hoy entre varones y hembras, 3 millones de alumnos.

Ya en tiempo antiguo el gobierno buscaba oportunos medios para impedir el infanticidio y el abandono de los niños, como ahora los buscan los misioneros. En los tiempos de la invasión mogola, aumentóse de una manera horrorosa la práctica detestable del infanticidio, pues los empleados encargados del censo ponían en las listas también á los individuos de menor edad, y les comprendían en los impuestos, por lo cual los padres mataban á sus hijos para evitar esta nueva obligación. En 1102 de nuestra era la población llegaba á 11 millones de familias y tan sólo 19 de individuos, desproporción enorme que se explica porque en algunas partes, como en Fukian y Kiangsi, el infanticidio era tan frecuente que junto á un canal público hay una piedra con la inscripción siguiente: «Aquí no se permite ahogar niños.» De poco sirvieron las prohibiciones y exhortaciones. Más procedente, para evitar el abandono, fué la medida adoptada por un emperador de la dinastía Sung, el cual decretó que quedase exento de todo impues-

al que adoptaba á un niño expósito. En el Japón óyese á menudo el refrán: «Los buenos tienen muchos hijos.» Según parece hace ya mucho tiempo que se establecieron en China casas de expósitos.

El misionero Huc, enumerando las causas del aumento de población en China, indica en primer término la importancia que atribuyen los padres al casamiento de sus hijos, luego la vergüenza de morir sin descendencia, las adopciones, la costumbre de que las hijas no puedan heredar, la imposibilidad de efectuar malos matrimonios, y en fin, la obligación de casarse hasta el último soldado y el último marino. El amor á los padres es tema preferido de los filósofos. Como deberes se indican: deferencia completa, absoluta para con el padre y olvido entero de su personalidad propia. El hijo debe levantarse al romper el alba, lavarse y vestirse con esmero, presentarse á sus padres y preguntarles lo que desean comer y beber en el día. Un hijo no entra en la estancia sin que el padre se lo diga, no se retira sin permiso y no habla más que cuando se le pregunta. El padre es dueño de la propiedad del hijo, el cual, aun siendo de edad madura, no puede alejarse de su lado sin que aquél lo consienta. Únicamente al ingresar en el público servicio, el padre deja de tener autoridad sobre el hijo, pues, según las ideas chinas, le reemplaza el emperador. Pero á la muerte del padre, cualquier empleado debe abandonar su puesto por espacio de 27 meses.

La idea fundamental de la propiedad del terreno, en la China como en el Japón, descansa en el carácter teocrático de su Estado; el emperador, el Mikado, es el señor de todo el país. La propiedad de los súbditos es un feudo. Antes de las dinastías Tsin y Han, el sistema era igual en la China. Las invasiones y las conquistas debieron destruirle repetidas veces, pues los vencedores se apoderaban del terreno y avasallaban á los habitantes. En el Japón se estableció la propiedad particular más pacíficamente. Entonces las clases privilegiadas chinas volvieron á ser señores feudales de los antiguos propietarios labradores indígenas. Si el propietario podía mejorar, aumentar, dar en arriendo, vender el terreno, tenía sin embargo dos obligaciones para con el antiguo dueño: las dádivas en productos naturales y la de mantener el suelo en buen estado de cultivo. Una de las grandes dificultades que ha debido vencer el nuevo Japón, ha sido la abolición del sencillo sistema por el cual el campesino pagaba impuesto á su daimio, y éste al Siogin ó Mikado, quedando libres de él los mercaderes y los obreros.

Las condiciones políticas deben haber influido profundamente en la repartición de la propiedad. En tiempo antiguo el Estado no reconocía propiedad particular, y cada año se volvía á repartir el terreno. Se desposeía de él para siempre á los revoltosos, delincuentes y malcontentos, para darlo á los que eran adictos á los soberanos. Así se formó cierto número de ricos propietarios, y muchos mandarines parecen haber salido de esa clase.

Los mendigos forman una sociedad especial, son muy numerosos, y llevan un traje especial, que no necesita ser harapiento. Entre ellos hay también pobres bajo el concepto de la inteligencia, como los locos é idiotas, imposibilitados, y enfermos crónicos y de toda clase. En el Japón hay mendigos vergonzantes, que usan careta. Aunque la limosna no sea generalmente más que una sexta ó décima parte de céntimo, se considera el pedirlo como una ganancia legítima, á la cual no todos tienen derecho, pues éste pasa de padres á hijos. No es una exageración afirmar que los mendigos forman una corporación con sus leyes especiales; en Pekín tienen el derecho de llevar los cadá-

veres, y durante este servicio, se ponen ropas que cubren sus harapos. El juego y el libertinaje no son los únicos fomentos del pauperismo, sino la sobra de población y el descuido del gobierno, por lo cual no tiene el derecho de prohibir la mendicidad. Otro grupo de pobres son aquellos que buscan ocupación y que á veces la pretenden de una manera revoltosa. Cooper en su *Viaje á la China* hacia la frontera tibetana, se queja de encontrar en muchas estaciones una multitud de pobres kulis, que se ofrecían á llevar su equipaje y cuya demanda iba á menudo acompañada de escándalos y garrotazos.

Las revoluciones sociales en la China están á la orden del día. Desde tiempo antiguo son el principio de los movimientos políticos. En los territorios industriales, hay tropas colocadas allí para refrenar á los turbulentos obreros. En aquel pueblo tan laborioso y económico, las molestias y los obstáculos en el tráfico producen desórdenes en las cuestiones más vitales y ejercen funesta influencia en los destinos del imperio. Si el Estado sigue impidiendo el desarrollo del pueblo en contacto con los extranjeros, no puede suceder otra cosa que una inmigración creciente. El país llega á ser pobre de bienes, aumentan sus necesidades y no hace ningún progreso en la producción.

En los trabajos puramente de fuerza y manuales los esclavos, que son preferidos á todos los demás obreros, representan un papel importante. En general la esclavitud de los esclavos domésticos no es muy pesada: no se consideran esclavos fuera de la casa y sus hijos pueden aspirar á ocupar todos los puestos del servicio de Estado. La ley prohíbe á los padres la venta de sus hijos contra su voluntad, y las esclavas lo son mientras permanecen solteras. Además de los esclavos domésticos, hay en China esclavos de carácter más público. Unos infelices, que no llegan á poderse mantener, venden su libertad para satisfacer sus primeras necesidades. Después de las muchas guerras civiles, la dinastía de los Sung publicó varios decretos para disminuir la mendicidad é impedir la venta de personas, que se castigaba severamente. Hasta nuestros días, sin embargo, continúan los mismos abusos. Después del último cambio de dinastía, había tan crecido número de esclavos, que representaron un papel importante entre los partidarios del antiguo gobierno chino. En los mismos tiempos agitados, que costaron la vida á tantos habitantes, se ejercía oficial y sistemáticamente la caza humana, con el objeto de poblar aquellas regiones que habían quedado desiertas. En los últimos 60 años se verificaron transportes de kulis, que debían pasar de la costa del Sud al extranjero, y fueron enviados á la isla Formosa para formar colonias. Hoy día se acusa aún á los chinos en el Japón de dedicarse á la caza de hombres, y un juez exclamaba en 1879: «Estamos en el período álgido del robo de las mujeres y de los niños.» Una quinta parte de la población china de Hongkong está en relación con alguna empresa que fomenta la esclavitud.

Los primeros kulis fueron transportados en 1837, en número de 4.000, á la India occidental inglesa. El comercio de los kulis en Macao era en un principio un simple comercio de esclavos, y todavía sigue siendo una exportación provechosa de emigrantes contra su voluntad. Denny divide á los kulis en tres categorías: prisioneros, habitantes de las costas capturados, y los que se vendieron á sí mismos en un juego de azar. La ganancia no es poca, pues allí se pagan 350 dollars por un kuli, el cual vale 200 en la Habana. Lord Elgin escribía en 1860, antes que aquella plaza estuviese abierta á los europeos: «El establecimiento aquí es inoportuno para una contrata. Consiste esencial-

mente en los representantes de dos grandes comercios de opio y sus dependientes. El negocio principal de los comerciantes extranjeros aquí es el tráfico del opio y el de los kulis, lo que significa que se cogen algunos pobres diablos, se llevan á bordo de un barco, donde se repiten los horrores de la trata de esclavos, y se los transporta á Cuba con lisonjeras promesas.» El barco francés *Novelle Penelope*, en 1871, fué conducido á Macao por los kulis, después que hubieron matado al capitán y á una parte de la tripulación. En el mismo año los kulis quemaron el barco peruano *Don Juan* en alta mar, pereciendo en aquella ocasión unos 600 de ellos. En el año 1872 un barco con cargamento de kulis tuvo que desembarcarlos en Yokohama. Pero hay también algunos que emigran voluntariamente, y hasta con sus propios recursos; mas no pueden ser numerosos, pues difícilmente sucede que un hombre acomodado abandone la China. Los obreros que quieren emigrar, casi todos deben pedir prestado el capital necesario á una de las sociedades de emigración. La sociedad los lleva á bordo, les indica su punto de destino, donde los reciben sus correspondientes y los entregan á las personas que se dirigen á la sociedad en demanda de hombres. Si es menester, la sociedad piensa también en proveerlos de habitación y trajes y los obreros deben devolver todos estos anticipos según ciertas reglas determinadas. Las mismas sociedades cuidan también de la traslación de los difuntos, pues la superstición china exige que se entierren en su patria. Todos los chinos, enviados por la misma sociedad, forman un gremio de mutuo socorro y apoyo y lo fomentan con suscripciones pecuniarias, pero á veces también por medio de violencias contra los miembros desleales ó los concurrentes.

El deseo de volver á la patria lo más pronto posible, es general en todos los chinos emigrados, y la mayoría tampoco emigraría si la sociedad no se comprometiese á volverlos vivos ó muertos, obligación que no siempre se cumple. A pesar de la mortalidad á bordo y en las regiones malsanas, hacia las cuales se dirige la emigración, la ganancia que espera en el extranjero y la facultad que tiene el chino de vivir según las costumbres de su país en cualquier parte en que se encuentre, son poderosas causas que favorecen la emigración. El amor que tienen los chinos á sus padres vivos y el afán con que cuidan de las tumbas de sus antepasados, son causas de su deseo de volver á su patria, pero estas mismas causas los detienen en su nueva patria á la segunda generación. Los chinos no son ni tan tercos ni tan ineptos como pretenden muchos. Sin embargo subsisten siempre las relaciones con la patria aunque el chino esté establecido en el extranjero. En el año 1858 se publicó en Hongkong y Macao una proclama suscrita por los *bravos de la provincia de Kuang-tung* en la cual se mandaba á todos los chinos allí residentes abandonar en el término de un mes el servicio de los extranjeros, conminándoles en caso de desobediencia, los ancianos de las comunidades en cuestión, con castigar á sus padres como rebeldes.

Repasando la historia china, llama desde luego la atención la frecuencia de los cambios de estado, de dinastía, y los continuos interregnos. Considerando el célebre estancamiento y genio conservador de este pueblo es tanto más sorprendente semejante fenómeno, cuanto que su gobierno, considerado en conjunto, es de los mejores de la tierra. Sin embargo el hecho es cierto á pesar de que muchas dinastías hayan dado no solamente uno, sino series enteras de soberanos prudentes y buenos. Verdad es que la extensión colosal del imperio opone una gran dificultad á la tarea de gobernarlo. El sistema es débil y tiene el mismo